

LAS TRANSNACIONALES DE ALIMENTOS EN AMERICA LATINA

GONZALO ARROYO *

Ahora cuando el dólar se ha vuelto un bien escaso para Venezuela, el viejo problema de la dependencia alimentaria, cobra nueva gravedad. La necesidad de incrementar la producción agropecuaria se hace cada vez más sentida, se llama a invertir en el campo, se anuncian tiempos de bonanza para aquellos pocos que aún tienen clavadas sus raíces humanas en la tierra.

Pero el problema no es sólo de producir en el campo, sino de qué se debe producir. La tendencia de un sistema que tiene el lucro como motor, será la inversión en la agroindustria ligada a la exportación o a las capas de alta capacidad de consumo, descuidando la producción de alimentos de primera necesidad para la mayoría de la población. Por la lógica del sistema, los créditos, la tecnología, los mejores suelos, se dedicarán a lo que produce mayores ganancias.

Tomar conciencia del problema para enfrentarlo políticamente es la primera necesidad. A eso lleva de forma contundente el estudio que presentamos. El tiempo transcurrido desde su aparición primera en 1979, no hace más que agravar los términos del problema porque ahora ya no contamos con los dólares abundantes como entonces. El tiempo ha hecho que este estudio, como los buenos vinos, gane en calidad... y ha acentuado la urgencia de enfrentar decididamente las soluciones. Este artículo ha sido tomado de la revista Christus, México, octubre de 1979. (N. de la R.)

La crisis agrícola y el hambre en el mundo son temas manidos. Diarios y revistas dan cuenta de denuncias y llamados moralistas lanzados por dirigentes políticos y organismos internacionales sobre este problema. Pero la dura realidad de la crisis alimentaria subsiste y aun se agrava en muchos países de América Latina y en el llamado Tercer Mundo. Cunden el desconocimiento profundo sobre la verdadera naturaleza de esta crisis y el desconcierto sobre cuáles serían los problemas para superarla. En este artículo trataremos de analizar un solo aspecto de ella: la influencia posible de la expansión de las empresas transnacionales agroindustriales hacia América Latina en la disminución de la disponibilidad de alimentos básicos para la mayor parte de la población del continente.

Las empresas agroalimentarias extranjeras no son "recién llegadas" al continente latinoamericano. Algunas de ellas están presentes desde comienzos del siglo, dedicadas sobre todo a la producción y exportación de materias primas agrarias (fruta, cacao, caña de azúcar, etc.) y algo más tarde a la producción de alimentos transformados para el consumo interno, tales como leche condensada, refrescos, harina, aceite, etc.

EXPANSION DEL "AGRIBUSINESS" EN AMERICA LATINA

En los años de postguerra y especialmente en la década del sesenta se multiplica la presencia del "agribusiness" norteamericano, abarcando nuevas actividades. Aparte de la distribución de insumos para la agricultura (tractores, maquinarias agrícolas, alimentos balanceados, herbicidas, etc.), algunos de los cuales son fabricados localmente en los países más grandes del área, las filiales de transnacionales se encargan de la producción de alimentos procesados, diferenciados y publicitados bajo marca registrada. Sin embargo, las firmas extranjeras no abarcan toda la gama de alimentos, sino aquellos de valor agregado relativamente alto, destinados a mercados, especialmente urbanos, de altos ingresos. Por ejemplo, subproductos de leche (yogurt, helados, postres), confitería, café soluble, carnes envasadas, sopas precocinadas, cigarrillos, etc. Los alimentos no transformados, salvo algunas excepciones (frutas y legumbres de exportación), no interesan a las firmas transnacionales. Estos alimentos son precisamente los destinados al consumo popular.

Para los efectos de nuestros análisis se escogieron los años 1966, 1974 y 1977 como característicos, de tres momentos del capitalismo dependiente latinoamericano. El pri-

mero, en pleno auge de crecimiento del sistema económico mundial, cuando en América Latina predominaba lo que ha sido llamado el modelo de sustitución de importaciones. El segundo, previo a la recesión que afecta a los países capitalistas industrializados y que repercute también en el alza de los precios de los alimentos. El tercero que marca una época de crisis y restructuración del sistema capitalista, lo que se manifiesta con gran fuerza en las economías de América Latina.

Se han seleccionado seis países para estudiar más en detalle el comportamiento de las inversiones norteamericanas en la agroindustria alimentaria en los últimos diez años. Estos países en orden decreciente según el valor en libro de las inversiones extranjeras al año 1977, son: Brasil, México, Venezuela, Argentina, Perú y Colombia. Ellos solos absorben arriba el 81 por ciento del total de inversiones de las veinte repúblicas latinoamericanas.

Puede apreciarse la evolución en términos absolutos y relativos de la inversión agroalimentaria norteamericana en los seis países mencionados y para los años señalados, en el cuadro I.

Dentro de estos países debemos destacar a Brasil y México. En 1966 acogían el 56 por ciento de las inversiones, pero suben en 1977 a casi el 65 por ciento del total, mostrando así el mayor dinamismo de sus economías en términos de desarrollo capitalista. Al contrario, Argentina y Perú señalan una pérdida del dinamismo de la inversión, puesto que ésta decrece en su participación desde el 31 por ciento en 1966 a menos de la mitad de esta cifra en 1977. La explicación de este descenso debería buscarse en la evolución política de esos países del Cono Sur: en el caso de Perú el régimen de Velasco Alvarado inicia una reforma agraria en 1968 y en general, no mostró especial disposición a la aceptación de inversiones extranjeras. Argentina, de mayor desarrollo agroindustrial y de mercado urbano hubiera debido acoger una cuota mayor de inversión. Sin embargo ese país ha sufrido una persistente inestabilidad política a partir del primer gobierno militar (Onganía, 1966). Finalmente, Colombia y particularmente Venezuela, han experimentado un crecimiento considerable de la inversión extranjera agroalimentaria. Está, en virtud de estructuras de ingreso muy concentradas en Colombia favorables al crecimiento de agroindustrias transnacionales y, además, en el caso de Venezuela, de un bajo nivel inicial de producción agroalimentaria manifestado en las elevadas importaciones de alimentos transformados.

Analizando el ritmo de crecimiento de las inversiones norteamericanas en la agroindustria de estos seis países, vemos que el total de la inversión sube desde 291 millones de dólares en 1966, a 527 millones en 1974 y a 676 en 1977. Si se analizan las tasas de crecimiento en el período 1966-1974 y en el período 1974-1977, el crecimiento anual pasa del 7.7 por ciento a 8.7 por ciento, hecho sumamente revelador. En efecto, en el año 1974 se inicia la crisis capitalista mundial, lo que lleva, en general, a un crecimiento más lento de las inversiones y de la economía. Sin embargo, en América Latina estas cifras revelan lo contrario, puesto que el crecimiento se acelera. Hecho tanto más significativo, puesto que la inversión norteamericana en manufactura pierde dinamismo en el período que se inicia en 1974. En efecto, su tasa de crecimiento se reduce desde 12.3 por ciento en el primer período al 9.5 por ciento en el segundo. Señalemos que la inversión de Estados Unidos en la industria manufacturera sigue la tendencia general a la recesión del sistema capitalista mundial. En cambio, las inversiones agroalimentarias parecen jugar un papel de amortiguador de la crisis, puesto que muestran un dinamismo contrario a las tendencias recesivas de la industria en estos años. Veremos más adelante qué consecuencias trae esto sobre la crisis agrícola y el hambre en América Latina.

Conviene examinar también brevemente las cifras expuestas en el cuadro 2. Estas tratan sobre la participación de la industria agroalimentaria respecto del total de la inversión manufacturera norteamericana. En primer lugar, notemos el papel relativamente modesto de las inversiones alimentarias que, en promedio, sólo alcanzan el 7.8 por ciento en el último año bajo examen. En segundo lugar, la participación de las inversiones en alimentos tiende a bajar. Esto confirma las tendencias prevaletentes a nivel mundial, como lo registran diversos estudios, tanto para los países capitalistas como socialistas desarrollados. Para los países subdesarrollados y dependientes es doble observar una primera fase de crecimiento de la agroindustria y una segunda fase (y en la cual se inscriben estas notas) de disminución gradual de la rama agroindustrial, aún en general una de las más importantes en términos de producción y empleo respecto a otras ramas industriales.

Lo anterior explica por qué los países de mayor desarrollo industrial, tales como Brasil, México y Argentina, revelen una participación relativamente pequeña. Y que, al contrario, Perú muestre mayor participación de la inversión alimentaria en relación al total de la inversión en la manufactura. Las cifras de Venezuela y Colombia nos señalan una situación intermedia. Sin embargo, lo que importa subrayar es que la participación global de las inversiones agroalimentarias se reduce en períodos de expansión del sistema capitalista (1966-1974) y, en cambio, se mantiene relativamente estable durante el período de crisis económica (1974-1977). Esta es otra expresión del mismo fenómeno señalado más arriba, sobre el papel amortiguador que juega el sector agroindustrial en períodos de recesión económica mundial.

En forma concreta, esto implicaría que a partir de 1974 una parte de las inversiones norteamericanas tienden a reorientarse hacia la agroindustria. Pero si en los mismos años, en que éstas aumentan relativamente en la industria de alimentos, la crisis de la agricultura se agrava —es el caso, por ejemplo de México, en que el crecimiento de la producción agrícola se desacelera y se debe importar granos básicos antes exportados—, se podría lógicamente inferir que existe una contradicción entre el crecimiento de inversiones extranjeras y producción de alimentos básicos para el mercado interno.

LAS GANANCIAS CONTRA

Este análisis sería incompleto si no se considerase la evolución de la tasa de ganancia de las inversiones norteamericanas.

CUADRO I
INVERSION AGROALIMENTARIA DE
ESTADOS UNIDOS
(en millones de dólares)

País	1966		1974		1977	
	Inv.(1)	%	Inv.(1)	%	Inv.(1)	%
Argentina	52	17.9	56	10.6	51	7.5
Brasil	56	19.2	159	30.2	232	31.3
Colombia	14	4.8	19	3.6	37	5.5
México	107	36.8	191	36.2	205	30.3
Perú	38	13.1	46	8.7	41	6.1
Venezuela	24	8.2	56	10.6	110	16.3
TOTAL	291	100.0	527	100.0	676	100.0
América L.	356		643		832	

Fuente: Survey of Current Business (varios números) U.S. Dept. of Commerce.

(1) Valores Corrientes en libros según "vechmark" de 1957.

Las cifras sobre las tasas de ganancia del capital norteamericano en los seis países seleccionados se pueden leer en el cuadro 3.

La evolución de la tasa de ganancia no es homogénea para los países considerados. Hay tres países que muestran un crecimiento elevado y sostenido; ellos son Brasil, Colombia y Venezuela. El caso opuesto es el de Perú, en que el crecimiento capitalista se estanca a partir del proceso militar-revolucionario de Velasco Alvarado y que hoy enfrenta un estancamiento económico sin precedentes. Un caso intermedio es Argentina que dentro de una baja general de la inversión norteamericana, sufre en 1974 un deterioro en las tasas de ganancia, relacionado probablemente con la política de salarios y fijación de precios que el gobierno peronista implementa en dicho año. Sin embargo, ésta se recupera en 1977, probablemente como resultado de la política del régimen militar actual, que tiende a dar cierta prioridad a la agroindustria.

México tiene un descenso coyuntural en 1977, año en que repercute la desaceleración económica y la devaluación de su moneda (1976) sobre la valorización del capital y ganancias de las firmas extranjeras. Información más reciente señala, sin embargo que los gastos de capital realizados en 1978 y plenos para el presente año tienden a aumentar. Por lo tanto, México se puede inscribir tendencialmente en la línea de crecimiento elevado y sostenido de la tasa de ganancia que caracteriza a Brasil, Colombia y Venezuela.

Estas cifras nos llevan a la conclusión que, en un período de recesión económica mundial, las filiales norteamericanas reducen en cinco de los seis países considerados ganancias sumamente elevadas. Para entender mejor este fenómeno conviene comparar las ganancias en la industria de alimentos con las del conjunto de inversiones manufactureras norteamericanas en los seis países de América Latina y en el conjunto de países desarrollados.

La primera constatación importante es que en América Latina las ganancias de las inversiones en alimentos suben espectacularmente respecto a las ganancias en la manufactura en su conjunto, que se reducen. Más aun, en los países desarrollados las ganancias norteamericanas caen, en este período de crisis, tanto en los alimentos como en el resto de la manufactura. Si consideramos la evolución de la tasa de ganancia para ambas categorías (alimentos no-alimentos), se llega a la conclusión que dentro del período considerado se pueden distinguir dos dinámicas diferentes. Una que va desde 1966 a 1974, en tanto que en América Latina las ganancias obtienen

das por inversiones en alimentos son ligeramente más bajas que las ganancias redituadas por el resto de la manufactura, en los países desarrollados se da el fenómeno inverso. Una segunda dinámica se inicia en 1974, época en que se manifiesta abiertamente la crisis económica mundial: las ganancias en la industria alimentaria suben en relación con aquellas del resto de la industria, tanto en América Latina como en el mundo capitalista desarrollado. Pero existe, con todo, una diversificación de esta dinámica: mientras en América Latina las ganancias en alimentos crecen a una tasa anual promedio de aproximadamente 9 por ciento, en los países capitalistas industrializados éstas bajan anualmente en aproximadamente un medio por ciento. Pero esta baja es mucho menor que la del resto de la industria manufacturera desarrollada (de cerca del 6 por ciento). Por lo demás esta crisis repercute también en la industria manufacturera de los seis países latinoamericanos seleccionados, cuyas ganancias disminuyen en cerca de un 7 por ciento.

Una conclusión de la mayor importancia, es que, en períodos de crisis económica, la agroindustria de alimentos cumpliría un papel de amortiguador de la caída de la tasa de ganancias tanto en los países capitalistas desarrollados como en los países latinoamericanos seleccionados. Esto merece dos aclaraciones. En los países capitalistas desarrollados el efecto amortiguador de los alimentos consiste en aminorar algo la caída de las ganancias en épocas de recesión así como en épocas de crecimiento sólo muestra un dinamismo moderado respecto al resto de la industria manufacturera. Al contrario, en los países latinoamericanos la rama de alimentos cumple no sólo un rol de amortiguador de la crisis, al evitar una caída mayor de la tasa de ganancia de la manufactura, sino además sirve de reactivador, aunque limitado, de la economía en crisis. Esto explica por qué las inversiones norteamericanas, en búsqueda de ganancias, tienden actualmente a reorientarse hacia la industria de alimentos en América Latina.

EL HAMBRE

En los últimos años el modelo de "ventajas comparativas" con inspiración teórica de Friedman tiende a imponerse, aunque en forma desigual, para el caso de la agricultura y de la agroindustria en los países latinoamericanos. En la práctica esto significa que la economía agrícola de cada país se abre el comercio internacional y se guía por los precios internacionales como criterio fundamental de reestructuración de la producción agrícola. Esto supone modificaciones profundas dentro de cada país en lo que toca a la producción agropecuaria, al empleo rural, al uso y tenencia de la tierra, etc.

Las políticas agrarias de los diversos Estados en lo gene-

ral tienden a favorecer, directa o indirectamente, este desarrollo agroindustrial que puede repercutir en una baja de disponibilidad de alimentos básicos para la población. Señalamos que la agroindustrialización de la agricultura no es sólo una condición necesaria para incrementar la producción de alimentos y una distribución más equilibrada del empleo, sino también, es un proceso inevitable e irreversible que afecta a la agricultura mundial, tanto en el mundo capitalista como en el mundo socialista.

Sin embargo, el impacto positivo o negativo de la agroindustrialización en la solución del problema del hambre y en el desarrollo económico en su conjunto, depende de qué modelo específico se adopta. De hecho la expansión de la agroindustria transnacional impone a América Latina un modelo de desarrollo agrícola y agroindustrial que produce una modernización de la agricultura vinculada a la agroindustria y a la exportación que contribuye a la vez a la descomposición de la agricultura campesina.

De este modo se acentúa el proceso mediante el cual la agricultura tiende a esfumarse como actividad autónoma pues se integra y se subordina a la cadena agroindustria. Esta consta de cuatro eslabones: producción de insumos industriales para la agricultura (I); actividades agropecuarias y forestales propiamente tales (II); procesamiento agroindustrial de esas materias primas agropecuarias (III); y distribución de los productos procesados hasta el consumo final (IV). En esta cadena agroindustrial se insertan otros servicios no menos importantes como son el crédito, la asistencia técnica y los servicios tecnológicos. Las inversiones norteamericanas se dirigen sobre todo a los eslabones I, III, y IV, a los cuales controla en forma oligopólica en varias de las líneas de productos que conforman la cadena agroindustrial (leche, tabacos, alimentos balanceados, confitería, alimentos preparados, oleaginosas, etc.).

En lo que toca a la agricultura, este tipo de agroindustrialización no favorece un desarrollo equilibrado; tiende por el contrario a producir una polarización dentro del sistema de la tierra pues se concentran en unidades agrícolas de tamaño mediano y grande la mejor tierra, el capital, los recursos tecnológicos, la asistencia técnica y el crédito estatal. Su implantación puede dar lugar a un aumento de la producción y de la productividad agrícola, pero esto se da en forma desequilibrada tanto a nivel de regiones como también en términos de los productos cultivados.

En efecto, la modernización se centra sobre todo en las empresas agrícolas y comerciales orientadas a producir materias primas para la agroindustria o para la exportación. Esto lleva a una diferenciación de la agricultura que es patente en países como México: una agricultura capitalista moderna, sobre todo en el Norte, en franco crecimiento y cada vez más ligada a la agroindustria y al mercado de Estados Unidos, otra ejidataria y de temporal, en claro estancamiento. En conclusión, la modernización no produce necesariamente un aumento de la producción de todos los rubros agrícolas, particularmente de los alimentos básicos para la población de bajos ingresos.

A este respecto, la CEPAL señala que la dependencia de América Latina de importaciones de productos "críticos" ha aumentado: trigo, aceites comestibles, productos de leche, maíz y otros granos para alimentos balanceados.(1) Esto es particularmente cierto para el caso de México y de los países del Grupo Andino. Por ejemplo, el saldo deficitario en trigo ha alcanzado en algunos años, para el conjunto de América Latina, cinco millones y medio de toneladas. Si a esto restamos el excedente de Argentina este déficit se elevaría por sobre los diez millones de toneladas.

Los efectos sociales del tipo de modernización que analizamos son particularmente serios: la baja del empleo de la agricultura debido a la mecanización, la aceleración del proceso de desintegración de la agricultura campesina y de sub-

CUADRO 2
PARTICIPACION DE INVERSIONES EN
ALIMENTOS EN LA INVERSION TOTAL
DE BIEN EN MANUFACTURA

País	1966 %	1974 %	1977 %
Argentina	10.2	7.6	5.5
Brasil	9.8	6.2	5.9
Colombia	7.3	5.2	8.5
México	11.5	8.8	8.8
Perú	29.7	29.7	26.1
Venezuela	8.5	9.0	12.0
PROMEDIO	11.1	7.9	7.8

Fuente: Survey of Current Business (varios números). U.S. Dept. of Commerce.

CUADRO 3
TASAS DE GANANCIA DE LA INVERSION
NORTEAMERICANA EN LA INDUSTRIA
AGROALIMENTARIA DE AMERICA LATINA

País	1966	1974	1977
Argentina	13.5	17.9	11.8
Brasil	16.1	19.5	23.7
Colombia	7.1	21.1	32.4
México	7.5	16.8	9.3
Perú	7.9	4.3	1.2(1)
Venezuela	4.2	23.2	24.5
PROMEDIO	10.0	13.7	17.7

Fuente: Survey of Current Business (varios números) U.S. Dept. of Commerce.

Nota: La tasa de ganancia la hemos calculado como el cociente entre las "Ganancias Ajustadas" y el "Valor en Libros".

(1) Estimada.

sistencia, la pauperización del campesino minifundista y de los trabajadores agrícolas sin tierra, su migración masiva hacia las grandes ciudades, etc. En lo que toca al consumo de alimentos, la introducción publicitada de alimentos procesados y el abandono de dietas tradicionales pueden llevar a la baja "fast-food" se multiplican. Por supuesto este tipo de consumo de los niveles nutricionales de consumo para los más pobres, a veces a precios más altos. Existe una transformación de los hábitos de consumo que tiende a reproducir el modelo nutritivo de Estados Unidos donde hoy las cadenas de comida es prohibitivo para la población de bajos ingresos en América Latina.

Una evaluación del impacto del modelo de agroindustria transnacional en el conjunto de la economía de los seis países seleccionados no es fácil de hacer y va más allá de las intenciones de este artículo. A partir de investigaciones en curso se puede constatar que el mercado interno de alimentos tiende a unificarse y ampliarse cuantitativamente, y que algunas de las nuevas técnicas alimenticias introducidas pueden ser juzgadas beneficiosas en términos nutricionales e higiénicos para los que pueden comprar esos productos. Este proceso está más avanzado para Argentina, México y Brasil que para el resto de los países considerados, en especial Perú. Pero mientras más avanzado está el proceso de agroindustrialización nuevas necesidades de importación son inducidas: insumos agrícolas y componentes alimenticios importados de origen agroindustrial: maquinarias y equipo para la agricultura y la agroindustria y aun alimentos básicos previamente producidos en el país.

Por consiguiente, en el caso general este proceso lleva a un crecimiento de la dependencia y endeudamiento externos, pues el aumento de las exportaciones, sobre todo en época de crisis en que las prácticas proteccionistas abundan y en que todos los países tratan de elevar las exportaciones, no suele compensar en el caso de América Latina el incremento de las importaciones. Además, afecta el empleo pues la tecnología introducida generalmente es intensiva en capital, y contribuye al alza de precios de los alimentos procesados por compañías transnacionales que controlan en forma oligopólica el mercado de varios productos.

En el caso específico de la agricultura, sometida a la agroindustria y a la necesidad de aumentar exportaciones, la seguridad alimentaria nacional se reduce significativamente. Anteriormente se ha mencionado el descenso de la producción de ciertos alimentos básicos, particularmente granos. Conviene señalar que la política económica general guiada por los precios internacionales de los productos agropecua-

rios, desestimula la producción de alimentos básicos de consumo interno --rubros en que las empresas transnacionales no participan debido a las bajas tasas de ganancia que reditúan. Generalmente estos alimentos básicos son producidos en buena medida no por el sector capitalista de la agricultura sino por el pequeño productor campesino. Es por ejemplo el caso del maíz en México y del frijol en Brasil.

Ante el déficit creciente, los gobiernos se ven obligados a importar estos alimentos. Mientras los precios de estos productos se mantengan por debajo de los costos de producción internos, la eficiencia económica aparentemente exigirá continuar importándolos y a su vez producir internamente aquellos productos de exportación para los cuales habría ventajas comparativas frente a otros países (frutas y legumbres en varios países, productos específicos como el trigo de Argentina y la soya de Brasil).

Sin embargo, nada asegura que los precios de los productos básicos no fluctúen en el mercado internacional puesto que éste es sumamente sensible a las bajas de producción, frecuentes en países grandes como la Unión Soviética, y también a la manipulación de los precios por conglomerados transnacionales. Si un país, en base al modelo de ventajas comparativas, modifica la estructura productiva de la agricultura, abandonando el cultivo de alimentos básicos en un porcentaje elevado, se verá abocado a situaciones comerciales difíciles al tener que importar a precios que fácilmente se pueden duplicar y aun triplicar, como sucedió con los cereales en los años 1973-1974. Este país podrá ser obligado a tomar decisiones económicas y políticas, que en otras circunstancias no habría tomado, para adquirir los alimentos necesarios de parte, por ejemplo de Estados Unidos. Hoy día éste controla el 90 por ciento aproximadamente de las exportaciones mundiales de cereales. Todo lo anterior redundará negativamente en las capas más desfavorecidas de la población, que consumen una proporción más alta de alimentos básicos. En consecuencia mientras más éstos escaseen y más altos sean sus precios, una parte de la población estará sometida al hambre.

La situación de inseguridad alimentaria en América Latina es crecientemente grave, aunque no todavía dramática salvo en algunos países, como Perú. Esto no implica que no existan países tradicionalmente sometidos al hambre (Haití), y que en todos los países las capas más empobrecidas de la población, estén bajo el nivel de pobreza absoluta (54 millones de habitantes de América Latina en 1970, conforme CEPAL). Si examinamos para 1975 la información que entrega el International Food Policy Research Institute, dentro de los seis países considerados, sólo uno (Argentina) produce más alimentos de los que consume. El resto se ordena decrecientemente de la siguiente manera: Brasil, Colombia, México, Perú y Venezuela. Perú cubrió su producción nacional sólo en un 58 por ciento del consumo y Venezuela en un 45 por ciento aunque éste último tiene una holgura relativa para importar alimentos en virtud de las divisas que suministra la producción petrolera. México cubriría en 1975 sólo el 90 por ciento de su consumo interno.

Sin embargo, lo verdaderamente alarmante son las tendencias futuras. El informe mencionado señala que hacia 1990 Colombia y Venezuela cubrirán con su producción sólo el 75 por ciento y el 39 por ciento respectivamente de su consumo nacional. Casualmente, en los últimos años dichos países son los que exhiben un mayor crecimiento en la cuota de inversiones de las transnacionales agroalimentarias de origen norteamericano. La lógica de la ganancia conspira contra el hambre, por lo tanto.

LA SOLUCION INEVITABLE

Las anteriores consideraciones nos llevan a replantear la cuestión inicial: ¿Cómo resolver el problema del hambre?

La respuesta parece clara. Se debe garantizar una segu-

ridad alimentaria razonable para los países de América Latina y una satisfacción de las necesidades básicas de alimentación para su población. Es decir, se debe implantar un modelo de desarrollo agrícola y agroindustrial alternativo al que hoy, por influjo de las transnacionales agroalimentarias y del sistema capitalista mundial, tiende a imponerse. No se trata de descartar criterios de eficiencia económica, como por ejemplo el de las ventajas comparativas sino subordinar éstos a los criterios de eficiencia y justicia social.

Sin embargo, hay que reconocer que aunque a nivel de principios la respuesta parece clara, la dificultad real para implantar un modelo alternativo persiste en el plano de los medios y de la fuerza política para ponerlo en práctica.

Analícemos brevemente lo que implica el modelo de las ventajas comparativas. Su lógica principal reside en las ganancias privadas, partiendo del principio que si éstas aumentan el bienestar del conjunto de la sociedad mejora. Sin embargo, ha sido ya brevemente examinado para el caso de la agricultura y de la agroindustria, cómo la masa salarial disminuye por efecto del creciente desempleo creado por el modelo transnacionalizado descrito. Por lo demás aunque los salarios reales se elevan —lo que es contrario al caso general—, su poder de compra en términos de proteínas y calorías puede disminuir. Más aún si los alimentos básicos no transformados escasean y sus precios aumentan.

El énfasis puesto en la inserción creciente de estas economías dentro de la división internacional del trabajo lleva a la liberación de precios y rebaja de tarifas aduaneras. La producción se orienta al mercado externo y a la vez las importaciones aumentan. Lo anterior exige una redistribución del ingreso con tendencias regresivas. Al nivelar los precios internos de los alimentos con los internacionales se tiende a eliminar la agricultura y la agroindustria "ineficientes", creando una mayor dependencia de las importaciones de alimentos básicos, cuya producción en general es menos rentable en relación, por ejemplo a la de Estados Unidos. Esta reestructuración económica como consecuencia de la crisis del sistema capitalista, perjudica a las grandes masas de la población y al parecer no se puede llevar a cabo sino en forma autoritaria, como lo demuestran las experiencias militares recientes en América Latina.

Para combatir estas tendencias se requiere subordinar los criterios de estrecha eficiencia económica capitalista a la satisfacción de las necesidades básicas, en términos de alimentación, lo que implica para la economía en su conjunto una política de seguridad alimentaria. Cualquier política debe contemplar como un sólo problema la provisión de alimentos —empleo— salarios. Esto supone en términos de producción de alimentos básicos una autosuficiencia nacional que proteja al país de las fluctuaciones de los mercados internacionales y de posibles presiones políticas de los países abastecedores. Un plan de desarrollo alimentario debe contemplar la asignación de recursos de tierra, crédito y tecnología, que aseguren un nivel de producción compatible con la seguridad alimentaria del país.

El problema se plantea al menos en dos aspectos. En primer lugar las tierras adecuadas por su localización y fertilidad para la producción de alimentos básicos pueden ser las mismas requeridas por productos con ventajas comparativas en el mercado internacional. Hay excepciones notables cuando ciertos productos (forestales) no requieren aquella tierra agrícola, apta para cultivos de alimentos básicos (granos). Pero en otros casos ciertamente existe una competencia entre éstos y los productos agroindustriales o de exportación (trigo y maíz versus sorgo, soya o frutas y legumbres). En segundo lugar, los costos de producción internos pueden ser superiores a los internacionales vigentes. Esto es aún más cierto cuando las tierras aptas para la producción de granos básicos están en manos de pequeños productores cuya productividad, debido a la falta de capital, tecnología y crédito

CUADRO 4

**TASA DE GANANCIA EN LAS INVERSIONES
NORTEAMERICANAS EN LA MANUFACTURA**
Seis países de América Latina y países capitalistas
desarrollados

	1966	1974	1977
Seis países de A.L.			
- Alimentos	10.0	13.7	17.7
- No Alimentos	10.3	10.8	8.7
- Total Manufact.	10.3	11.0	9.4
Países Capitalistas Desarrollados:			
- Alimentos	12.4	12.9	12.7
- No Alimentos	8.6	13.1	11.3
- Total Manufact.	8.9	13.1	11.4

Fuente: Survey of Current Business (varios números) U.S. Dept. of Commerce.

"Alimentos" incluye Molinería y Subproductos, Bebidas no alcohólicas y Otros Alimentos (incluye combinaciones).

"Países Capitalistas Desarrollados" incluye Canadá, Europa, Japón, Nueva Zelanda, Australia y Sud-Africa.

es notablemente más baja que la agricultura que liderea los precios dentro del mundo capitalista.(2)

El sector de los pequeños productores es precisamente el único sector donde en varios países puede quebrarse el círculo vicioso del hambre. Parece claro que si las actuales políticas de crédito, de asistencia técnica, de precios, de comercialización que, en general favorecen a la agricultura capitalista, no son modificadas para beneficiar en forma preferencial al pequeño productor no habrá salida en el futuro para el problema del hambre, del desempleo y de la pobreza. Más aún, aumentará la dependencia externa en lo que es más vital: la alimentación.

La base de esta política es el aumento de la productividad y de la producción del sector campesino y no una mera asignación humanitaria de subsidios a los pequeños productores. El aumento de productividad debe ser logrado utilizando una política tecnológica que no incida fuertemente en el desempleo. Este aumento no debe basarse en el alza de los precios de garantía de los productos básicos, alza que en general favorece más al gran productor y afecta a la economía en su conjunto. Se trata más bien de asignar subsidios diferenciados al pequeño productor vía abastecimiento de insumos y prestación de crédito, asistencia técnica y servicios de comercialización. El objetivo, al menos en el mediano plazo, es el incremento de la productividad por hombre empleado en ese sector. Pero el mejoramiento de servicios de almacenamiento, transporte, distribución, pueden tener resultados a corto plazo para elevar la productividad del aprovisionamiento de alimentos básicos.

Para que esta política tenga éxito se supone un apoyo político. La experiencia demuestra que cuando los pequeños productores se deben organizar bajo formas cooperativas o de asociación y no se le encuadra bajo planes estatales, sin mayor participación de su parte, esta política tiene éxito. Hay innumerable ejemplos de agricultura, en base a pequeñas explotaciones, de gran eficiencia en Europa, Asia y aún en ciertas regiones de América Latina.

Desde el punto de vista de la economía en su conjunto, se debe evaluar el balance actual y futuro entre subsidios a la producción agrícola del sector campesino y las sumas desembolsadas para importaciones de alimentos básicos. No deberían reducirse las exportaciones por el sector capitalista de la agricultura, de productos agropecuarios con ventajas compa-

rativas en el mercado internacional, pues procuran divisas que alivian la balanza de pagos. La excepción sería en el caso en que estos productos de exportación compitan directamente con los alimentos básicos. En ese caso sólo debería reducirse la producción de los primeros hasta el punto en que las tierras liberadas sean suficientes para cumplir con los requisitos mínimos de un plan básico de consumo, en base a la producción nacional.

Esta política de seguridad alimentaria nacional requiere un plan agroindustrial complementario. Los gobiernos deben fomentar la agroindustria nacional, procesadora y distribuidora de alimentos no suntuarios. Según sean los rubros, existen posibilidades para agroindustrias cooperativas o en manos de asociaciones de productores, de tener acceso al mercado nacional sin necesidad de inversiones iniciales demasiado elevadas. Estas empresas tendrán éxito en función del apoyo que encuentren por parte del Estado.

En cuanto a las inversiones externas en agroindustrias la regla general es que mientras más ligado esté el crecimiento agroindustrial al sistema agroalimentario internacional controlado por empresas transnacionales, menos posibilidades existen para lograr un desarrollo agrícola y agroindustrial internamente inducido y autosostenido. Esto sobre todo en las primeras etapas del desarrollo agroindustrial. Por lo tanto, las inversiones directas deben ser revisadas de cerca en lo que compete al tipo de alimento producido y a los costos colaterales (insumos adicionales e inversiones sociales a corto plazo) de los cuales los países receptores son habitualmente responsables y acreedores. El balance neto entre exportaciones e importaciones esperadas deben ser estimadas así como también el tipo de tecnología introducido (intensiva en trabajo o capital) y el impacto positivo o negativo sobre las estructuras agrarias y el desarrollo regional dentro del país. Por consiguiente, las inversiones extranjeras deben ser aceptadas sólo

de manera selectiva, de acuerdo a la fuerza de negociación política del país en cuestión y a sus prioridades fijadas de antemano en un Plan de Desarrollo Agrícola y Agroindustria, y en competencia con proyectos de origen interno y también con operaciones que surgen local y regionalmente de parte de productores organizados. Se puede también considerar la creación de empresas multistatales y regionales particularmente en el caso de proyectos que requieren una masa grande de capital inicial, como son, por ejemplo, ciertos insumos agrícolas.

Esta solución "inevitable" que proponemos busca superar las restricciones estructurales impuestas hoy por un modelo transnacionales de desarrollo agrícola y agroindustrial basado en la lógica de la ganancia. Este modelo es incapaz de resolver la actual crisis agrícola y la propagación del hambre hacia grandes sectores de la población de nuestro continente.

No se ha pretendido hacer aquí consideraciones políticas sino técnicas. Es nuestro deber concitar apoyo político, partiendo por los propios campesinos, para un proyecto alternativo de desarrollo agrícola y agroindustrial, no de fácil realización y que indudablemente desataría gran oposición política. Nuestro diagnóstico, limitado y parcial, sobre las causas del hambre, pretende contribuir a este fin.

NOTAS

(*) Director del CETRAL, París y Profesor del Programa de Doctorado en Economía, UNAM, Investigador del CIDE.

(1) CEPAL: Economic and Social development and the external economic relations of Latin America, Feb. 1979.

(2) Esto es productividad por hombre y no necesariamente por hectárea.

LOS RELIGIOSOS CATOLICOS ANTE LA CRISIS DEL PAIS

ENCRUCIJADA DEL PAIS

1. Ante la alarmante situación de deterioro moral que vive el país, los Superiores Mayores de los Religiosos y Religiosas, reunidos en su Quinta Asamblea Conjunta, nos vemos obligados a hacer una llamada a la conciencia de los venezolanos y a asumir públicamente nuestro compromiso de colaboración a un cambio profundo.

Venezuela ha llegado a situaciones extremas en su deterioro moral. Ahora el país entero, obligado por la crisis económica, está en una encrucijada: o tomamos un camino moral y sano o nos hundimos perdiendo lo que queda de valioso en nuestra democracia y en nuestra economía. Es grave la irresponsabilidad de haber malversado miles de millones de bolívares provenientes de la riqueza petrolera, verdadero regalo de la Providencia o haberlos utilizado de manera corrupta. Pero más grave sería que en esta hora nos fallaran los resortes morales para corregir el rumbo.

QUIENES SOMOS

2. Nosotros representamos un grupo humano de 4.125 religiosas y 1.599 religiosos que trabajamos en todos los Estados y Territorios de Venezuela. Hemos sido invitados a llevar

la luz del Evangelio y anunciar con la libertad de hijos de Dios la verdad que salva, libera y da vida. Estamos llamados a ser constructores de una sociedad fraterna; en ella los bienes de la tierra deben ser compartidos por todos, como hijos de Dios. Tenemos el deber de que nuestro trabajo preferente con los más necesitados y el testimonio de nuestra vida pobre y en solidaridad con la causa de los pobres constituya "una denuncia evangélica de quienes sirven al dinero y al poder, reservándose egoístamente para sí los bienes que Dios otorga al hombre para beneficio de toda la comunidad". (Documento de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla, n. 747).

No somos expertos en política o en economía. Por ser seguidores de Jesús de Nazaret tratamos de servir al hombre con su amor y su verdad. Desde esa perspectiva queremos aportar al país nuestra reflexión evangélica y nuestro deseo de servicio específico en esta especial encrucijada.

CRISIS Y RESPONSABILIDADES

3. La crisis actual deja al descubierto la profunda distorsión antihumana que reina en Venezuela. Esta ni es nueva ni inesperada. Pero ya no es posible ocultarla; se ha hecho cla-